

¿Es un signo de los tiempos que el primer papa y el primer general de los jesuitas no europeos sean latinoamericanos?

Pedro Trigo, S. J.
Caracas, Venezuela

1. Las cifras hablan, si queremos escuchar

El punto de partida para considerar lo que Dios nos quiere decir con el hecho de que el primer papa no europeo no provenga del norte del Atlántico ni de Australia, es decir, de países de cultura europea y habitados por gentes de cultura predominantemente europea, sino de América Latina, es decir, del tercer mundo, una región multiétnica y pluricultural, en la que la voz cantante la tienen los occidentales americanos, es el corrimiento sustancial de la identidad de los católicos.

El cristianismo comenzó en la sección oriental del imperio romano, fuera de lo que luego se llamaría Europa. En efecto, el cristianismo surge en la parte más occidental de Asia, en el seno de un pueblo semita que, en la actualidad, comprende desde Irak hasta Arabia Saudita. Sin embargo, se expande rápidamente por el Mediterráneo y establece su centro en Roma, la capital del imperio. Ahora bien, la Iglesia de esa época no es una organización centralizada, sino una comunión de iglesias, cada una con sus tradiciones, aunque todas coinciden en lo esencial. La transformación del cristianismo en religión oficial y la cristianización del imperio hacen de la Iglesia una organización mucho más estructurada y occidentalizada, aun cuando distingue entre los cristianos de lengua y cultura griega y los de latina. Cabe destacar que la Escritura se traduce al griego y que en esa lengua se escribe la literatura cristiana. La Biblia se traduce al latín vulgar hasta el siglo V para ponerla al alcance del vulgo, que desconoce el griego, la lengua culta.

La invasión del imperio romano por las tribus germanas, sajonas y eslavas da lugar al lento surgimiento de Europa. De hecho, una Europa cristiana. Cuando

Europa se expande, a finales del siglo XV, desde el extremo oriental (Rusia) y suroccidental (Portugal y España), y luego, desde Francia, Inglaterra y Holanda, lleva el cristianismo a los países colonizados. Más a los de América del Norte y del Sur que a los de África y Asia, excepto Filipinas.

El cristianismo corre la misma suerte que la cultura europea, como si fuera la religión de los europeos. Aunque aquel nunca lo aceptó, de hecho, la institución eclesiástica fue occidental. Sin embargo, al proclamarse católica, nunca fue occidental de derecho.

Esta época es la antesala de la historia universal porque, de hecho, existe simultaneidad virtual y porque las mercancías y los bienes civilizatorios circulan por el mundo, al igual que los capitales, los inversionistas, los gerentes y los turistas. No es la primera época de la historia universal, porque el sujeto no son todos los seres humanos, sino solo los occidentales y los occidentalizados, y porque, por esa razón, los del tercer mundo no tienen acceso al primero. Sin embargo, aun cuando es la última época de las historias particulares, los que mantienen la hegemonía consideran que estamos en la historia universal. No se percatan de que esa universalidad es la imposición de una particularidad, mediante el poder de la riqueza, la organización, la propaganda y, más aún, la publicidad, y, finalmente, por la fuerza armada.

Ahora bien, en la actualidad es constatable la descristianización de occidente y el surgimiento de otros cristianismos. Entre los diez países con mayor número de católicos, Brasil, México y Filipinas ocupan los tres primeros lugares, seguidos por Estados Unidos, gracias al peso de los latinos. Luego, se encuentran Italia, Francia, Colombia, España, República Democrática del Congo y Argentina. El corrimiento es mucho mayor si tomamos en cuenta que la inmensa mayoría de cristianos europeos, estadounidenses y canadienses pertenecen a la tercera edad, mientras que en los otros países abundan los jóvenes. Esto significa que en una década, la inmensa mayoría de católicos serán de una etnia y cultura no europeas.

Lo mismo podríamos decir respecto a la Compañía de Jesús. Solo en África y Asia suroriental, ha aumentado el número de jesuitas en 2018, respecto a 2017. Además, son las regiones con más novicios y escolares. Los novicios y escolares representan el 43 por ciento de todos los jesuitas africanos, el 30 por ciento de los asiáticos meridionales y el 26 por ciento de los asiáticos del sur del Pacífico. Mientras que en América Latina, solo representan el 17 por ciento; en Estados Unidos, el 13 por ciento; y en Europa, el 9 por ciento. Queda claro que el futuro está en África y en Asia.

Objetivamente, el centro de la Iglesia no se encuentra en occidente, aunque sí su centro jurídico y espiritual. Un centro organizado de manera muy occidental. Los datos indican también que el empuje del cristianismo tiene lugar en el tercer mundo.

No obstante, existen muchas anomalías. La organización eclesial como tal es estructuralmente occidental y, por esa razón, occidentaliza. Los seminarios obligan inconscientemente, pero inflexiblemente, a abandonar la cultura suburbana, la campesina, la afro-latinoamericana y las indígenas, y a la clericalización. El clérigo pertenece a una subcultura de la cultura occidental. Cabe preguntarse entonces si esa anomalía tiene algún asidero en las fuentes cristianas o si Jesús fue clérigo.

Las preguntas se imponen, pues cabe preguntarse también si lo que ocurre no constituye un signo de los tiempos. No solo como novedad histórica que hay que discernir, tal como pide la *Gaudium et spes* (4), sino también como señal clara del paso del Espíritu por la historia (11). Creemos que sí lo es. ¿Qué nos está diciendo esto a los católicos latinoamericanos?

No se trata de vivir como en una sucursal de la casa matriz de Roma, sino como autores de nuestro cristianismo, fundamentado en una relación profunda con Jesús de Nazaret, y desde lo que somos como individuos, sujetos y personas, y, consiguientemente, desde nuestras relaciones comunitarias y sociales. El Dios de Jesús nos pide dos tareas complementarias. Relacionarnos con él y con su Hijo de tal manera que esas relaciones nos configuren como personas y como comunidad cristiana, y entablar esa relación desde nuestra realidad, la cual debemos transformar para que exprese la fraternidad de los hijos e hijas de Dios. Esa actitud y ese empeño nos darán la creatividad necesaria para llevar a cabo lo que Dios nos pide, en esta situación histórica.

Sin ese fundamento trascendente, el cristianismo adoptará el rostro de las culturas africanas y asiáticas, pero no de una manera trascendente y creativa, sino como una subcultura dentro de esas culturas. En buena medida, es lo que ocurre en occidente, aunque aquí nunca ha faltado la trascendencia.

¿Deseamos escuchar lo que nos dicen las estadísticas, o mejor, lo que Dios nos está diciendo a través de ellas, o preferimos escucharnos a nosotros mismos desde nuestras propias culturas?

2. El Vaticano II: trascendencia y limitación

Es menester remontarnos al Vaticano II para comprender la crítica situación actual del cristianismo. El concilio constituye una oportunidad salvífica, promovida por el Espíritu. Por tanto, no podemos dejarla pasar, si no queremos que el cristianismo se degrade a sal que ha perdido el sabor. Aunque el concilio es ecuménico, ya que asisten obispos de todo el mundo, las propuestas y las discusiones son europeas. Los asistentes del tercer mundo, en buena medida con una

comprensión europeizada del cristianismo¹, sintonizan con los planteamientos de los obispos y los teólogos europeos, aunque gozaban de menos autoridad².

El concilio no representa solo lo mejor de Europa y del cristianismo europeo, sino que lo expresa trascendentalmente. En primer lugar, porque su punto de partida son las fuentes cristianas, en particular, los evangelios, en los cuales reconoce autoridad para dictaminar sobre las personas y las situaciones históricas. De esa manera, el concilio asume los evangelios como el fundamento de la vida cristiana y, consiguientemente, de su auto-comprensión, de su comprensión de la realidad y de su propuesta a la humanidad. En segundo lugar, por su crítica de la modernidad europea. El concilio observa horrorizado el desastre de una guerra que había causado setenta millones de muertos. Todo consecuencia de la absolutización de las naciones y las clases sociales, y por tanto, de la relativización del carácter absoluto de las personas y su condición fraterna. El concilio reconoce los adelantos técnicos y organizativos de la modernidad, pero condena el endiosamiento de los individuos, las clases sociales y las naciones, que había llevado a la catástrofe.

El Vaticano II fue aún más allá, al situar la Iglesia en el seno de la humanidad, como parte indisoluble de ella. Jesús había enviado la Iglesia a echar su suerte con la humanidad para salvarla desde dentro, para salvarse salvando. Por eso, en contra de lo sostenido milenariamente, sobre todo, desde la expansión del occidente en la modernidad, el concilio rechaza el principio de que “fuera de la Iglesia, no hay salvación”³, y la absolutización de la Iglesia y la cristiandad. En lugar de entenderse como ámbito de salvación, la barca de Pedro, donde los escogidos se salvan del naufragio universal, la Iglesia se comprende como sacramento de salvación universal. Dado que en Jesús, Dios ha echado la suerte con la humanidad, el concilio niega la salvación elitista y sectaria, al margen de la salvación del género humano (*LG* 1, 9). En consecuencia, la misión y la gloria de la Iglesia consisten en salvarse salvando a sus hermanos, que, en Cristo, son todos los seres humanos. Por eso, el santo y seña del concilio es la encarnación

-
1. La mayoría romanizados por su formación en el Colegio Pío latinoamericano o en los seminarios locales o regionales, fundados con ese objetivo.
 2. Dos ejemplos de la excepción que confirma la regla son Marcos McGrath, arzobispo de Panamá, y Manuel Larraín, obispo de Talca, Chile. Los dos hicieron aportes en el concilio y desempeñaron un papel relevante en su recepción latinoamericana.
 3. Lo propuso por primera vez Cipriano de Cartago, en un contexto diferente y, por tanto, con un sentido también distinto. En su lucha contra los herejes de su tiempo, les insiste en que fuera de la Iglesia, de la gran Iglesia, no había salvación. Es decir, no había salvación en las sectas de pretendidos puros. Por tanto, la cuestión de si alguien puede salvarse sin pertenecer a la Iglesia por desconocer su existencia, está fuera del horizonte de Cipriano.

solidaria y responsable en la humanidad, en seguimiento de Jesús de Nazaret, que echó incondicionalmente la suerte con ella⁴.

Este aporte debemos valorarlo como un acontecimiento trascendente, obra del Espíritu Santo. Constituye la base firme para toda vivencia que aspire a tener carta de ciudadanía en la Iglesia y, sobre todo, para seguir la misión de Jesús de Nazaret con su mismo Espíritu.

No obstante, la universalidad del concilio está limitada por su eurocentrismo. Sus protagonistas no cayeron en la cuenta de ello. Implícitamente, el ser humano a secas era, en realidad, europeo, en la mejor de sus acepciones y despojado de todos sus excesos. Ese era el paradigma de humanidad implícito. Esta perspectiva se manifestó de muchas maneras. Aquí solo mencionaremos una, que nos parece muy significativa. Ratzinger, uno de los teólogos del concilio, tenía tan asumida su identidad de teólogo alemán, que la extendió al ser humano en general. Más tarde, ya como Benedicto XVI, no comprendió que para animar a los hermanos en Cristo del mundo y para universalizar la institución eclesial, debía relativizar radicalmente esa identidad particular. Durante su pontificado, no cayó en la cuenta de la diferencia entre su modo de ser nativo, cultivado con esmero, y la función universal que desempeñaba. Tenía tan naturalizada la modernidad europea como paradigma de humanidad, que elevó su particularidad a humanidad sin más⁵.

El síntoma más evidente de esa resistencia, inconsciente para la mayoría de los protagonistas del concilio, es la negativa a adoptar la propuesta de Juan XXIII, quien pidió expresar sistemáticamente que la Iglesia era de todos, en especial, de los pobres. El cardenal Lercaro lo solicitó programáticamente y bastantes obispos prometieron simbólicamente en las catacumbas⁶ que serían pobres y que se esforzarían para que sus diócesis asumieran esa perspectiva y se organizaran de tal manera, que los pobres con espíritu constituyeran el corazón de sus iglesias. Desde ahí, trabajarían para que se les hiciera justicia. Sin embargo, exceptuando unos pocos textos muy significativos, esta perspectiva no fue asumida.

Una vez asumida la modernidad como horizonte, no cabía más que promover a los pobres para que dejaran de serlo y para que se integraran en el conjunto de

4. En este sentido, la apreciación de K. Rahner es totalmente pertinente. Rahner sostiene que el Vaticano II representa el paso de la segunda a la tercera época de la Iglesia, esto es, el paso de una Iglesia occidental y que occidentaliza a una Iglesia realmente universal. Cfr. "Una interpretación teológica a fondo del concilio Vaticano II", *Razón y Fe* 980-981 (1979), 983-995.

5. Lo mismo podemos decir de Hans Küng, su contracara, que coincide con este supuesto tan básico.

6. X. Pikaza y J. Antunes da Siva (eds.), *El pacto de las catacumbas* (Estella, 2015).

la ciudadanía normal. Esto se hizo por altruismo, no para recuperar el equilibrio perdido y para hacerles justicia. No captaron que la modernidad producía pobres sistemáticamente y que, por tanto, debía ser relativizada y transformada. No para ser paradigma de humanidad, sino para que llegara a ser un cauce, entre otros, de vida humanizadora.

Desde una perspectiva más general, el concilio no sistematizó el carácter multiétnico y pluricultural de la humanidad y la Iglesia. Ejemplo muy significativo de ello es que el personal no europeo de la curia vaticana había sido seleccionado por su occidentalización cualificada o porque, al pertenecer a ella, la había adoptado rápidamente. Lo mismo podemos decir del nombramiento de los obispos. En realidad, esto es obvio, ya que la institución eclesiástica era y, en gran medida, es una subcultura de la cultura occidental. De hecho, los seminarios y las universidades romanas fueron concebidos como instrumentos para romanizar a los futuros obispos.

3. Medellín: conserva lo trascendente y supera la limitación occidental

La Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, reunida en Medellín en 1968, recibió el Vaticano II con fidelidad creativa. En consecuencia, procede desde la encarnación kenótica en la humanidad a la cual pertenecía y en la cual vivía, desde el espíritu evangélico. De esa manera, supera radicalmente el eurocentrismo y puede mirar el continente latinoamericano, no desde sus elites económicas e intelectuales, occidentales y occidentalizadas, sino desde sus pueblos empobrecidos por el rumbo del proceso de modernización.

Las conferencias de Puebla y de Aparecida mantienen la perspectiva de Medellín. Aparecida caracteriza las diversas culturas latinoamericanas y pide evangelizarlas de manera diferenciada. De hecho, Medellín ya había insistido en la necesidad de la inculturación de la liturgia, lo más sacralizado y lo más romanizado. En esa medida, su expresión concreta no trasciende. La Cena del Señor, el ejemplo más evidente, es en sí misma comunión con él, mediante la participación, por mandato suyo —“hagan ustedes lo mismo”—, en su misión.

Desde esta perspectiva y con este espíritu, Medellín contempla la realidad a partir de la suerte de los pobres. A diferencia del concilio, no se detiene en la ingente transformación del mundo, obra de la modernidad científico-técnica, sino que, sin descuidar sus posibilidades y apoyado en ellas, enfatiza las desigualdades y la opresión. Esto hace que Medellín califique la situación como pecado. Los vencedores habían expulsado de la sociedad latinoamericana al Señor, al rechazar el don de su paz, basada en la justicia y la fraternidad (Paz 14). Por eso, insta a reconocer la inhumanidad de este estado de cosas y a convertirse al Señor de la humanidad y los hermanos.

Medellín insiste en la personalización para que cada uno actúe desde el santuario de su conciencia y no desde los estímulos ambientales y los deseos desordenados. Correspondientemente, invitó a la práctica personalizada del cristianismo, para que todos seamos miembros activos y responsables de la Iglesia y la sociedad. Dado que los pobres son los más interesados en este cambio en la sociedad y la Iglesia, Medellín propuso “alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y consolidar sus propias organizaciones de base” (Paz 27). En consecuencia, plantea reorganizar la Iglesia desde las comunidades eclesiales de base⁷. Asimismo, llama a los empresarios y los políticos a actuar de manera responsable. A pesar de sus durísimos y bien fundados juicios sobre la situación de pecado, Medellín no da por perdidos a sus causantes.

En este proceso de necesaria transformación personal y social, los obispos experimentan la presencia de Dios que salva (Introducción 6). Por eso, afirman que resistirse a la conversión es resistir a Dios. En consecuencia, insisten en pasar de la confrontación y del dominio opresor y excluyente a la participación de todos en la obra común, a la sinergia, que incluye la capacitación y la realización del bien personal al servicio del bien común. Los obispos caracterizan este proceso de socialización, tal como lo llaman, de la manera siguiente:

La socialización, entendida como proceso sociocultural de personalización y de solidaridad crecientes, nos induce a pensar que todos los sectores de la sociedad, pero en este caso, principalmente el sector económico social, deberán superar, por la justicia y la fraternidad, los antagonismos, para convertirse en agentes del desarrollo nacional y continental. Sin esta unidad, Latinoamérica no logrará liberarse del neocolonialismo a que está sometida, ni por consiguiente realizarse en libertad, con sus características propias en lo cultural, sociopolítico y económico (Justicia 13).

Así, pues, la propuesta cristiana para América Latina está formulada con gran claridad. Se trata de una propuesta inclusiva, que expresa situadamente la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, es decir, el proyecto definitivo de Dios en Jesucristo.

La propuesta de Medellín, y luego la de Puebla, fue aplastada brutalmente por las oligarquías criollas, en muchas ocasiones aliadas con los militares. El imperialismo estadounidense las apoyó enérgicamente. En el ámbito eclesiástico, Juan Pablo II, muy avanzado en lo social, pero visceralmente anticomunista, se dejó convencer fácilmente de que este tipo de cristianismo latinoamericano era

7. “La comunidad cristiana de base es así el primero y fundamental núcleo eclesial, que debe, en su propio nivel, responsabilizarse de la riqueza y expansión de la fe, como también del culto que es su expresión. Ella es, pues, célula inicial de estructuración eclesial, y foco de la evangelización, y actualmente factor primordial de promoción humana y desarrollo” (Pastoral de conjunto, 10).

comunismo o propenso al comunismo. En consecuencia, lo desautorizó y, sobre todo, nombró obispos que deshicieran la obra de estos modernos fundadores de la Iglesia latinoamericana⁸. Estos últimos eran continuadores eximios de los fundadores del siglo XVI y de la primera parte del siglo XVII⁹, que se propusieron superar la relación señor-siervo por la de hermano-hermano. Pero fueron derrotados por lo que Medellín llama colonialismo interno. Sus sucesores en el episcopado aceptaron el estatuto servil de los indígenas, el cual recortó drásticamente la fraternidad cristiana.

La aceptación del orden establecido, que, en la práctica, niega la opción por los pobres y la trascendencia cristiana, fue completada con la reconversión de los seminarios. Estos pasaron a formar funcionarios para la institución, centrados en la liturgia y ajenos al compromiso con la realidad, el cual había sido promovido por el concilio y concretado por Medellín y Puebla.

El pretexto para imprimir este giro fueron los excesos de algunos agentes pastorales, que relativizaron la genuinidad cristiana y redujeron el cristianismo a una versión religiosa de la izquierda, sin sus excesos. Ni en los obispos ni en los teólogos se dio el odio y la secularización de las cuales fueron acusados. La campaña contra la teología de la liberación, orquestada por la CIA, tal como lo demuestran los documentos desclasificados, cayó en la tierra abonada de gran parte de la burguesía y de la institución eclesiástica.

4. Francisco: el papa venido del fin del mundo

Francisco trae consigo el mundo de donde proviene y se esfuerza por desinstalar la Iglesia y por animar al mundo entero. Desde esta perspectiva tenemos que entender su pontificado¹⁰, cuya fecundidad está provocando, como el concilio, un verdadero pentecostés. Asimismo, desde aquí tenemos que comprender las resistencias cerriles que encuentra, no solo en los dueños de este mundo, que no están acostumbrados a que un líder mundial los ponga en evidencia con juicios tan bien fundados y rotundos, sino también en la institución eclesiástica, empezando por las esferas más altas y sus colaboradores más inmediatos. Se supone que esto es lo que debe ser la curia romana.

8. J. Comblin, "Los obispos de Medellín: los santos padres de América Latina", en J. P. Richard (dir.), *10 palabras clave sobre la Iglesia en América Latina*, pp. 41-77 (Estella, 2003); y "Saudades da América Latina", en J. P. Richard, *A esperança dos pobres vive*, pp. 721-732 (São Paulo, 2003).

9. E. Dussel, *El episcopado latinoamericano y la liberación de los pobres 1504-1620* (México D. F., 1979).

10. P. Trigo, *Francisco, el papa del concilio Vaticano II* (San Pablo, Buenos Aires, 2017).

Los curiales pensaron que este papa, al ser el primero en venir de fuera de Europa, necesitaría más de su mediación para desempeñar las funciones del pontificado, desde el atuendo y el modo de relacionarse con las esferas sociales hasta el contenido medular de su mensaje y su autoridad. Al fin y al cabo, ellos eran funcionarios permanentes y sabían, por tanto, cómo es la cosa desde dentro, mientras que los papas van y vienen. Supusieron que este papa, en particular, necesitaría más inducción, porque venía de más lejos. No del centro del mundo civilizado y del foco de la cristiandad, sino de una región colonizada hace relativamente poco y que no acaba de encontrar su normalidad ni como sociedad ni como Iglesia.

Sin embargo, el papa Francisco no siguió el consabido guion. Todo se decidió en los primeros momentos. Francisco demoró tanto en salir al balcón de San Pedro para impartir la bendición, porque le insistían en lo que tenía que ponerse. Pero él rechazó las imposiciones con el argumento de que él era el papa. En esa misma tónica, no comenzó bendiciendo, sino pidiendo ser bendecido para así poder impartir la bendición. Eso era contrario a lo que supone ser el papa, quien, como representante de Cristo, tiene la plenitud de su poder y, por tanto, no tiene que pedir la bendición a nadie, excepto al cielo. Ya en la primera conferencia de prensa, dijo que venía para ayudar a que la Iglesia fuera pobre y de los pobres¹¹. Así, pues, venía a lo que Juan XXIII había pedido al concilio en vano.

Proceder desde el confín del mundo, según sus propias palabras, no era, pues, como pensó la curia, una forma de disculparse por si algo no salía según el protocolo. Al contrario, significaba que había llegado para pedir a la Iglesia que se desinstalara, que se pusiera en camino, como Jesús, que no tenía dónde reclinar la cabeza. La Iglesia debía ponerse en salida, desde el centro del orden establecido hacia todas las periferias existenciales¹². En consecuencia, debía despojarse de la mundanidad, esto es, en sentido preciso, abandonar la vida, el pensamiento y el modo de organización de las jerarquías sociales establecidas, y asumir la lógica, la sensibilidad y los contenidos del evangelio. La Iglesia estaba llamada a recuperar la relación discipular y personalizada con el Señor Jesús y a relativizar, desde el evangelio, las doctrinas y el derecho canónico, y, por supuesto, la mentalidad ambiental.

11. P. Trigo, "Una Iglesia pobre para los pobres. ¿Adónde nos lleva el sueño del papa Francisco?", *Revista Latinoamericana de Teología* 90 (2013), 247-262.

12. "Dentro de este horizonte [de la catolicidad] la dialéctica entre 'centro' y 'periferias' asume una forma propia, es decir, la forma evangélica, según la lógica de Dios que llega al centro partiendo de la periferia y vuelve a la periferia". *Cfr.* Francisco, "A la comunidad de la Pontificia Universidad Gregoriana y a los miembros de los asociados Pontificio Instituto Bíblico y Pontificio Instituto Oriental", Roma, 10 de abril de 2014.

El papa Francisco no se ha contentado con proponer. Lo más significativo en él son los gestos. Desde su vestimenta, sumamente sobria, hasta renunciar a vivir en los apartamentos pontificios para vivir en una residencia para visitantes. Al igual que Jesús, no podía vivir solo. No por miedo al silencio y la soledad, sino por considerarse hermano y entender la vida como convivencia. En sus viajes, visita a los pobres, los enfermos y los presos, en su mayoría de extracción popular. También visita a los jóvenes y a los ancianos, cada vez más abandonados. El jueves santo, no lava los pies a los cardenales, tal como era costumbre, sino a presos pobres, incluso a mujeres de otras religiones. Estos gestos del papa no son teatrales, sino que le salen con total naturalidad. Habla con cada uno como si estuvieran solos, como dos seres humanos que se encuentran. Más aún, lo hace desde su condición de pecador, confesada muchas veces y muy en concreto. Por eso, se despide habitualmente pidiendo que recen por él. Lo hizo al despedirse de Raúl Castro y lo hizo con tanta verdad, que este, superada la inmensa sorpresa, le pidió desde su corazón que también rezara por él.

Desde la vida sencilla y compartida, y desde ese ejercicio consecuente de la fraternidad de los hijos de Dios, Francisco tiene autoridad para criticar abiertamente el desorden social actual. Su idolatría del dinero causa innumerables víctimas, no solo por la opresión y la creciente exclusión, sino también por la venta de armas, un negocio directamente mortífero. Por eso, el papa denuncia que la absolutización de la ganancia implica la relativización de la persona. De ahí que se trafique con seres humanos y que la extorsión sea demasiado frecuente y desalmada.

Francisco hace todo esto no con carácter profesional, sino con un inmenso calor humano. Lo hace desde la simpatía y la compasión, desde el compromiso insoslayable con los seres humanos, todos ellos hijos de Dios y hermanos. Por tanto, lo hace como un acto religioso, como práctica elemental del cristianismo y como representante de Jesús de Nazaret.

El papa Francisco nos invita a no aceptar las demandas del orden establecido y sus organizaciones, incluida la institución eclesiástica, sino a ser plenamente humanos, según la humanidad de Jesús de Nazaret. Nos llama a ser auténticos, a obrar desde el santuario de la conciencia y, sobre todo, a actuar desde nuestra condición sagrada de hijos e hijas de Dios y de hermanas y hermanos de todos, desde el privilegio de los pobres y sin excluir a los que nos excluyen. Nos convoca, pues, a practicar el cristianismo en la vida histórica, desde la encarnación kenótica en ella, y a celebrarla en la Cena del Señor.

Evidentemente, el papa Francisco no se ha esforzado por estar a la altura de sus predecesores europeos, para que no se note que no ha nacido en Europa. Concentra su atención y energía en dar la talla como enviado de Jesús de Nazaret, el de los evangelios, enviado como él, encarnado desde abajo y lleno de simpatía y misericordia.

5. Mundialización alternativa desde las periferias

El superior general de los jesuitas lo tiene más difícil. Aunque de buenas a primeras, parece lo contrario. La autoridad reconocida del papa sobre la Iglesia es incomparablemente mayor que la del superior general de los jesuitas. De suyo, este posee jurídicamente toda la autoridad. Los miembros de su equipo solo tienen voto consultivo. Únicamente la congregación general está por encima del superior general, quien está obligado a seguir sus directrices.

Por otro lado, el perfil del superior general que aparece en las Constituciones de la Compañía de Jesús (Parte IX, Capítulo 12), obra de san Ignacio, es el dechado del jesuita. En este sentido, debe ser, tal como su título indica, más prepósito que superior general, esto es, el que está puesto ante todos como inspirador, ejemplo y guía. Ese es el significado literal del título. El prepósito general debe encarnar el espíritu de la Compañía de Jesús en lo que tiene de más trascendentalmente cristiano para así animar los trabajos y, en última instancia, dirigirlos. Pero sobre todo, para animar a las personas a ir hacia el fin que Dios quiere. Esto significa que, para san Ignacio, la autoridad jurídica debe estar avalada y, más aún, orientada por la autoridad moral o, más exactamente, espiritual. En consecuencia, el primer rasgo del perfil del prepósito¹³ no son sus cualidades humanas, sino su apertura fundamental a Dios y a los hermanos, lo cual requiere un descentramiento radical: amor a Dios, caridad para con los prójimos y absoluta abnegación propia. Las cualidades son consecuencia de este principio: la prudencia, la magnanimidad y la constancia en lo que emprende, el conocimiento de las personas y la perspicacia en el trato con ellas, y la salud. Cabe insistir en que para san Ignacio, es crucial el orden de prelación de cada uno de los aspectos. Cuando cultiva todo, pero enfatiza más las cualidades, todo se distorsiona. Entonces, surge el jesuitismo.

Así, pues, no es tarea fácil ser prepósito general, y jesuita tampoco, en cuanto aquel es dechado de este. La desviación achacada al cuerpo de la Compañía de Jesús, que sería necedad negar¹⁴, es haber cultivado más las cualidades que las virtudes. La negación propia degenera en dominio de sí, la perspicacia para llevar las obras degenera en corporativismo y el conocimiento de las personas se convierte en manipulación para sus propósitos, pero de tal manera, que quedan satisfechas por pertenecer a una institución prestigiosa.

En cualquier caso, siempre ha habido muchos jesuitas que han tratado con toda su voluntad y con lo mejor de su entendimiento de encarnar el perfil elaborado por san Ignacio. Esto es para ellos sumamente deseable y, sobre todo,

13. Inconscientemente, es su autorretrato.

14. En este sentido, no podemos achacar a simple malevolencia, aunque se dé, la aceptación de jesuita como hipócrita y taimado, del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia.

es algo querido por Dios para ellos, aunque son conscientes de sus limitaciones y fallas.

En el último tramo del concilio Vaticano II y en buena parte del postconcilio, los jesuitas hemos tenido la gracia de contar con Pedro Arrupe, un prepósito general muy carismático, que, desde una profundísima humildad y una gran humanidad, vivió con toda su alma ese amor de Dios y a Dios, y la caridad ardiente para con los prójimos. A partir de lo mejor de la modernidad, Arrupe se encarnó en la humanidad, reconoció la variedad de culturas y buscó el reconocimiento mutuo y la colaboración fraterna para enriquecimiento de todos.

Además de asumir el carácter concretamente universal de la humanidad, superando el larvado eurocentrismo del Vaticano II y la concentración de la Compañía de Jesús en sí misma y sus obras, Arrupe llevó a esta a asumir el compromiso con los pobres, lo cual, como ya dijimos, el concilio dejó de lado. La Congregación General XXXII asumió como misión de la Compañía, la propagación de la fe, de la cual la lucha por la justicia es un componente sustancial (Decreto 4). La identidad de los jesuitas como cuerpo e individualmente debía fraguar en la misión. La impronta de la autoridad de Arrupe en la orden, una autoridad carismática y espiritual, en el sentido fuerte de inspirada en el Espíritu Santo, es de tal envergadura, que equivale, sin duda, a una verdadera refundación.

Así, pues, el legado de Arrupe coincide con lo más genuino y carismático de la Iglesia latinoamericana, tal como se expresó en Medellín y en Puebla, y luego en Aparecida.

Además de lo anterior, la dificultad sustancial de un general jesuita estriba en que no pocos jesuitas se consideran tan adultos y tan bien formados, que piensan saber lo que Dios quiere de ellos y se creen dotados para llevarlo a cabo. Estos jesuitas no están dispuestos a seguir las directrices, cuando estas no coinciden con lo que ellos piensan que Dios les pide y que, por tanto, constituye su orientación fundamental.

El jesuita, según san Ignacio, debe caracterizarse por la obediencia. Una obediencia entendida como concreción de no estar en las propias manos, sino colgados de las manos de Dios. Pero, de hecho, estos jesuitas no se caracterizan por la obediencia ignaciana, aun cuando cumplan disciplinadamente las ordenanzas. Estos jesuitas, identificados más con sus cualidades esmeradamente cultivadas, que con la relación con Dios y los hermanos, aunque la tengan, no se caracterizan por la obediencia que supone vivir estructuralmente abierto a Dios y a Jesús, recibiendo su amor y dispuestos a cumplir su voluntad, expresada mediante el ejercicio de leer asiduamente los signos de los tiempos y las huellas del paso de Dios en la historia. No desobedecen formalmente, sino que están centrados en sí mismos, aun cuando no lo reconozcan. Están centrados en la institución a la que pertenecen y se esfuerzan para que esta dé de sí lo máximo

posible, lo cual tiene utilidad social y también redonda en el propio prestigio. Insisto, estos jesuitas se esfuerzan por actuar de la mejor manera posible, pero eso no significa trascendencia desde el punto de vista cristiano.

Las instituciones educativas son un buen ejemplo de lo anterior. La pregunta es si estas instituciones dan más peso y dedican más energías y recursos a lograr la llamada calidad educativa, el mejor aprendizaje posible, que a cultivar la calidad humana del educando. Desde la perspectiva cristiana, esta incluye cultivar la relación filial con Dios y la relación fraternal con los demás, sin excluir a los diferentes, a los que caen mal y a los enemigos. Todo ello a través del Jesús de los evangelios, el que nos hace hijos y hermanos.

La llamada calidad educativa es también promovida por los órganos del orden establecido, los cuales, por cierto, la valoran mucho. Sin embargo, la calidad humana no solo no está en el ambiente, sino que este la niega activamente. Por eso, nos encontramos en una situación de pecado. Por otro lado, la propuesta cristiana solo puede concretarse apelando a la libertad e inspirando con el ejemplo, nunca mediante la imposición. ¿Podemos, pues, afirmar sinceramente que en nuestros colegios y universidades es esto lo que perseguimos y que el cultivo de las cualidades es tan solo una consecuencia necesaria de esta orientación vital? Si quiero servir y no sirvo para nada, ni me ocupo de mi cualificación, es mentira que desee servir.

El *magis* ignaciano, si aspira a ser una máxima de excelencia cristiana, no el lema de una corporación, no puede consistir en lograr que tanto los formadores como los estudiantes de nuestras instituciones educativas sean los mejor dotados, los más hábiles, los más inteligentes, los más sabios e influyentes y, en consecuencia, los más poderosos y los más ricos. Desde la perspectiva cristiana, solo puede significar aspirar a ser los más humanos, a partir de los dones que Dios ha puesto en cada uno, los más fraternos, los que más sirven, desde abajo y de manera discreta, y colocarse, como Jesús, en manos de los servidos.

Se puede objetar que la finalidad estructural de la educación consiste en conseguir lo que llamamos convencionalmente excelencia educativa. Por esa razón, lo demás cae en el ámbito de las actividades de tiempo libre, aun cuando son cultivadas con esmero. Pero eso no es educar. Nosotros tenemos que educar y no solo informar sistemáticamente y capacitar. Además, si nos proponemos humanizar según el paradigma de Jesús de Nazaret, tendremos que capacitarnos, porque lo nuestro es servir eficazmente. Ahora bien, no es lo mismo capacitarnos para saber lo pautado que para ayudar efectivamente. Según esto último, lo fundamental no son las actividades complementarias, necesarias y altamente significativas, sino el enfoque de cada materia. Y, al parecer, esto no se toma en cuenta, al menos no suficientemente.

Creo en la orientación que imprimió Ignacio Ellacuría en la UCA de San Salvador, no la norma en las universidades jesuitas, sino la excepción. Ellacuría impulsó que cada carrera propusiera alternativas consistentes para solucionar los problemas del país. Es evidente que para transformar, hay que saber más. Una exigencia innecesaria, si solo se busca seguir en lo dado. Por tanto, la excelencia académica no se relaja, sino todo lo contrario. De buenas a primeras, esta orientación no es tan rentable, ni goza de tanta consideración social, y exige, además, un trabajo denodado con el personal docente, los padres de familia y los representantes. La encarnación hasta echar la suerte con la humanidad excluye echarla con el orden establecido, que oprime y excluye a tantos y deshumaniza a quienes lo promueven y se aprovechan de él.

Un propósito general de la Compañía de Jesús que vea la realidad desde los oprimidos y los excluidos, y que desde el evangelio, desde la fe concreta en Jesús de Nazaret, quiera dirigirse hacia un mundo donde habite la justicia, no la tiene fácil. Menos aún, si viene de un país de la periferia, sin excelencia en los bienes civilizatorios. Aquellos que, en último término, se definen por esa excelencia, se pueden preguntar qué les puede decir alguien con menos talla. De todas maneras, la Congregación General XXXII define la misión de la Compañía de Jesús como el servicio de la fe y la promoción de la justicia, que esa fe exige. Se trata de impulsar la búsqueda de una justicia rehabilitadora, donde nadie esté excluido. Las congregaciones generales posteriores han recogido esa misión y la han completado.

No es fácil cambiar la orientación vital cuando se tiene éxito, según los cánones del orden establecido. Es menester retornar a la relación primera con Dios en Jesús para disponerse a pagar el precio de una reorientación tan a contrapelo de la orientación del mercado totalitario actual.

El problema de América Latina es que tanto los occidentales americanos como los globalizados absolutizan el paradigma occidental y su posición privilegiada. A estos grupos pertenecen la mayoría de los jesuitas del continente y sus obras. Por tanto, esto atañe a las obras del tercer mundo y a sus personeros. La mayoría de las familias que envían a sus hijos a los centros educativos y a las universidades, para continuar en el campo de la educación, busca la mayor excelencia académica y, además, sin vicios y con dinamismo vital. Lo otro puede ser bien visto, si no pone en peligro este objetivo prioritario.

Los países latinoamericanos luchan trabajosamente para subirse al carro de la globalización, aun cuando son la cola del león. Esto explica el triunfo de la derecha. En este contexto, la propuesta del papa Francisco y de Arrupe en la Compañía de Jesús es francamente disfuncional. Por lo general, no se pregunta si lo que proponen tiene sentido para la humanización, según el paradigma de Jesús, sino si es factible, es decir, si el proyecto de globalización del cual se desea participar lo tolera. Si la respuesta es negativa, alegan que es inviable y

no le dan más vueltas. La absolutización de la globalización actual relativiza la propuesta cristiana y la reduce a observar los usos vigentes sin los abusos. De esa manera, la limita a actividades compensatorias y hasta donde se pueda. Así, pasa por alto que esos usos son radicalmente inhumanos. De todas maneras, las actividades compensatorias remedian algo de fondo y pueden ayudar a poner en marcha mecanismos personales, que trasciendan el orden establecido y lleven a un compromiso con los empobrecidos.

La dificultad concreta de los países latinoamericanos es que las élites están conformadas por occidentales americanos o participan de la cultura del occidente globalizado. Los primeros detentan las instituciones occidentales, las cuales están en crisis, mientras que los otros tienen la mente, el corazón y los negocios en la globalización. Estas élites rechazan las exigencias del tiempo actual y la voluntad de Dios: reconocer el carácter multiétnico y pluricultural de la región, en justicia e interacción simbiótica¹⁵. Esto no supone la promoción popular desde el paradigma occidental, a lo cual están dispuestos los más abiertos. Sino que la región no se defina como occidental (América *Latina*), lo cual reduce lo demás a particularidad y a subalterno. Se trata de reconocer las culturas populares, indígenas, afro-latinoamericanas, campesinas y suburbanas de tal manera que el Estado y la sociedad fomenten lo mejor de cada una, mientras que el intercambio simbiótico lleve al enriquecimiento de unos y otros, y así, de todos.

Pero esto no es tan sencillo. Los occidentales americanos están acostumbrados al carácter subalterno de las culturas populares, desde la colonia. Por eso, se les hace muy cuesta arriba aceptar un estatuto paritario. Por su lado, los occidentales globalizados se atienen a la lógica económica, y desde ella, no ven cómo no considerarlos abajo. Ambos perciben que las otras culturas no tienen nada que aportarles. Al contrario, eso sería pérdida pura. Estos dos sectores captan acertadamente lo que ellos tienen y lo que los demás no tienen. Pero la absolutización de su paradigma les impide ver lo que los otros tienen y ellos no. Les resulta imposible captar lo que pueden recibir de los demás. Aunque los bienes civilizatorios de los occidentales son muy notables, son más valiosos los que pueden aportarles los demás. Desgraciadamente, esa riqueza se les escapa, porque no tienen contacto personalizado con ellos. Este es el valor insustituible de las actividades educativas complementarias, cuando están bien orientadas.

No hace falta decir que la mayoría de los jesuitas latinoamericanos son occidentales o, en muchos casos, están occidentalizados. Lo mismo podemos decir de sus instituciones. Si estos jesuitas se identifican con su cultura y si su relación con Dios y con todos, incluidos expresamente los pertenecientes a otras culturas,

15. P. Trigo, "Construir una América Latina pluricultural para contribuir proactivamente a una mundialización alternativa", en *Cómo relacionarnos humanizadamente*, pp. 195-224 (Caracas, 2012).

no tiene hondura y fuerza determinante, es imposible que acepten las directrices del concilio. Así como tampoco pueden aceptar las concreciones superadoras de Medellín y Puebla, ni el espíritu que Arrupe imprimió a la Compañía de Jesús y el Decreto 4 de la Congregación General XXXII y sus concreciones, no mitigaciones, de las congregaciones posteriores.

Esta es la raíz profunda de las resistencias, las cuales solo pueden ser superadas mediante una conversión radical. El camino de esa conversión se encuentra en asumir aquello que las Constituciones dicen del propósito general de la Compañía de Jesús: relativizar la propia identidad cultural para centrarse en la relación fundante con Dios en Jesús, y a partir de ella, entregarse a los hermanos desde el privilegio de los pobres.

Existen razones para pensar que el propósito general venido de la periferia intentará seriamente que la Compañía de Jesús se repiense y se reestructure desde las periferias. Ciertamente, no pocos jesuitas, incluso instituciones, viven según el espíritu del concilio, de Medellín y de Puebla, representado en la actualidad por el papa Francisco. Es el mismo espíritu de Arrupe y de la Congregación General XXXII. Muchos de ellos han desarrollado una gran creatividad y sus frutos son apreciables. Indudablemente, constituyen el punto de apoyo para reorientar a la Compañía de Jesús.

Asimismo, hay que reconocer el predominio de las corporaciones globalizadas, en particular, de los grandes inversionistas, los cuales no tienen contrapeso social y político. Por eso, esta propuesta demanda una gran consistencia personal, una sólida relación con Dios, Jesús de Nazaret y los hermanos, y, en resumidas cuentas, aquello que san Ignacio propone para el propósito general. ¿Logrará el general latinoamericano, y concretamente venezolano, Arturo Sosa, que la Compañía de Jesús se enrumbe en esa dirección? Al menos, ¿podrá proponerlo e intentarlo consistentemente?

Arturo Sosa es un criollo y un occidental americano, que por familia conoce el mundo de los negocios. Sin embargo, desde el bachillerato, optó por el proyecto eclesial del Vaticano II y Medellín, y más tarde, por el de Puebla y por el que Arrupe y el Decreto 4 de la Congregación General XXXII proponen para la Compañía de Jesús. Por eso, hizo su magisterio en una comunidad campesina, en proceso de transformación personalizada y mancomunada. Luego, regresa a Venezuela para terminar sus estudios de teología, comenzados en Roma. En Venezuela, lugar teológico, estudia en equipo y con rigurosidad académica. Su primer destino es el Centro Gumilla, el Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús en Venezuela. De esa manera, toda su vida, incluso como provincial y rector de universidad, ha vivido con sencillez y ha tratado con todos de manera cercana. Esta manera de proceder responde a su ser cristiano, es decir, a sus relaciones con Jesús de Nazaret y, en Él, con su Padre y con los demás, desde el privilegio de los pobres. En su primer discurso, recién elegido

general de la Compañía, dijo que Dios pedía a los jesuitas intentar, con su ayuda, lo imposible, y habló también de la opción por los pobres. Por eso, el primer país que visitó fue la India.

Tengo fe en que Arturo Sosa no se limitará a ser un general más, como los europeos, sino que su carácter nativo de español americano será determinante. Tengo fe en que seguirá perteneciendo a la periferia y que tratará, con todas sus fuerzas y con el favor de Dios, que la Compañía de Jesús tome nota de que casi todos los jesuitas menores de 50 años pertenecen al tercer mundo. Aquí se encuentra el futuro de la Compañía y, en consecuencia, esta debe ser pensada desde esa realidad, una realidad no solo demográfica, sino también un verdadero signo de los tiempos.

Si no lo hace, la Compañía de Jesús morirá con la muerte de los occidentales, aun cuando sobreviva en personal y obras. Esa existencia ya no será carismática, ni estará animada por el Espíritu de Jesús de Nazaret. Si no preparamos hoy el futuro, difícilmente habrá futuro. Este solo es esperanzador cuando no es una simple ampliación del presente, en otros escenarios, sino una auténtica novedad del Espíritu con fidelidad creativa. Sin embargo, el presente, que busca sobrevivir desesperadamente, puede impedir el advenimiento del futuro. Este es el desafío que Dios le pone delante como signo de los tiempos.

El prepósito general latinoamericano no lo tiene fácil. Por eso, dijo que teníamos que intentar lo imposible. Cuenta con la ayuda invaluable del papa Francisco, también latinoamericano y jesuita. Ambos tienen, si no la misma trayectoria, el mismo talante personal. Dios quiera que él y nosotros, y muchos otros, lo intentemos con la ayuda del Espíritu de Jesús de Nazaret. Hemos de intentarlo no doctrinalmente, como una obligación, sino auscultando lo positivo y lo trascendente de la realidad empecatada para superarla. Es una gran oportunidad, un verdadero evangelio, para desprenderse del pecado, aun cuando, como en el caso de Jesús, tenga costos elevadísimos. Sin embargo, el tesoro escondido es tan infinitamente superior, que vale la pena pagarlos. Hemos de intentarlo apoyados en lo trascendente que surge en la periferia, no en lo que tiene de mimético, aun cuando sea exitoso.